

Resulta sugerente imaginar la impresión que pudo haber causado a un niño de doce años criado en Moscú la visita a su ciudad natal de la orquesta de Duke Ellington (por aquel entonces mermada por la reciente pérdida de Johnny Hodges). Por fortuna, la deriva de aquella marca adolescente trascendió las restricciones físicas e intelectuales que imponían dos superpotencias que se daban la espalda. El resultado fue el alumbramiento de un artista poliédrico que, sin embargo, escapa a la figura ortodoxa del conciliador cultural:

Nabatov es un orzuelo en el párpado del jazz.

Simón Nabatov

El artista poliédrico

Aunque su peripecia y la ingente cantidad de influencias que nutren su universo musical así podrían habérselo dictado, Simon Nabatov no es un músico de fusión. Éstos se mueven con la premeditada industria del pintor ante la paleta: en ella mezclan los colores previamente escogidos en busca de uno nuevo. Pueden dejar cierto margen a la experimentación o al azar, pero su premisa es inequívoca: mezclar para obtener. En el caso del pianista moscovita no existe -al menos de forma explícita- esa deliberación. Su *modus operandi*, más acorde con el espíritu espontáneo o de la sorpresa, es el de la regurgitación. Nabatov es un pozo sin fondo en el que reposan los contrarios, y éstos, en vez de neutralizarse en una placentera síntesis, emergen libremente para cubrir las necesidades expresivas de un artista cuya única declaración de intenciones parece ser, en sus propias palabras, la representación del bien y del mal. Su homenaje musical a la obra excelsa de Bulgakov (*The Master and Margarita*) viene ilustrado con una cita meridiana del *Fausto* de Goethe: "I am a part of the power which forever wills evil and

forever works good." (Yo soy parte del poder que siempre desea el mal, y siempre obra el bien).

Esas son, en efecto, dos de las caras de "héroe", pero tan sólo dos entre las mil que le suponía Joseph Campbell. Nabatov puede moverse entre esos dos polos románticos de lo dionisiaco y lo apolíneo -y de hecho así lo hace cuando se le antoja-, pero la inquietud de su alma y la libertad de su lenguaje le llevan siempre más allá, sumergiéndose, si es preciso, en océanos taylorianos, grotescos, retorcidos, infantiles o hilarantes. Navegar por su discografía puede resultar descorazonador para quien reconozca una de esas caras y la persiga por todos los accidentes de las cartas marinas. Aso-



mando como icebergs fulgurantes en la negritud de las aguas de un pianista de ataque violento y expresionista, nos saldrán al encuentro el Jarrett más familiar (*Autumn Music Part II, Ball-Back Home, Agrinte*), un Bill Evans cromático y espaciado (*Emily*), un Herbie Nichols de swing cortante y decidido (*For Herbie*), Monk (*Four Fofa*) e incluso el Metheny más country, limpio y alegre (*Three Stories, One End*)

Quizá la manera más clarificadora de enfrentarse por primera vez al pelaje en continua metamorfosis "de la bestia" sea escuchar su caudal a piano solo. Algunos breves ejemplos pueden servir de compendio para comprender su competencia, su sensibilidad y el alcance de su arte: en *Piano Inter-*

SELECCIÓN DISCOGRÁFICA

- 2000: **As We Don't Know It** (con Nils Wogram) (Konnex Records)
- 2001: **The Master and Margarita** (Leo Records)
- 2002: **Three Stories, One End** (ACT)
- 2002: **Perpetuum Immobile** (Leo Records)

lude conjuga de forma magistral la dulzura y la furia, insinúa atmósferas que pueden convertirse en juegos sincopados al estilo stride y recrea de forma libérrima la solemnidad de los primeros compases del *Concierto n° 1* de piano de Tchaikovsky y la fluidez arrebatada de Scriabin. Su deuda con este último es la más palpable y, como mejor botón, es obligada la escucha de *Dream on*, inspirada en la *Sonata n° 9* del compositor ruso. Su estela puede seguirse también por toda la singladura de *Perpetuum Immobile*, grabación en directo con una tesitura monocroma y marcadamente emocional en la que se desmarca el serialismo hipnótico de *One-handed Bandit*. Con una rolada de viento, aunque también a piano solo, Nabatov cruza el Atlántico para rendir tributo a las armonías brasileñas

en su reciente *Around Brazil*. Aunque esa inclinación ya estaba presente en obras anteriores (*Nao olhe para tras*, por ejemplo), es aquí donde se expresa en formato monográfico. Saltándose el guión de la que sería una versión al uso del *Aguas de Março* jobiniano, Nabatov se inventa diez minutos de música exquisita en su *Partita de Março*, una suerte de introducción dilatada por digresiones plenas de imaginación y citaciones clásicas que finalmente confluye en Jobim, pero emanado a través de Jarrett y de Bach.

Nabatov no escapa, como muchos de sus contemporáneos comprometidos con la búsqueda de una salida de

emergencia, a la revisión culturalista y lúdica del siglo pasado y a la implicación de elementos exógenos del discurso pianístico. En este sentido, su utilización de la voz de Phil Minton en las grabaciones *Nature Morte* y *A Few Incidences* ahonda en una vertiente oscura, cruda y experimental de difícil digestión y de la que es menester un puntual aviso a navegantes. En contrapartida, las interferencias sonoras del chelista Ernst Reijseger y el baterista Michael Vatcher en *Hardly Obligated* sobre un himno prístino interpretado



por el piano, realzan la idea original con oportunidad y gusto exquisito. Sería prolijo e inapropiado para este marco dar cuenta de la importancia de todos los compañeros de aventuras de Nabatov en los numerosos formatos que lidera o en los que coparticipa. Algunos encontrarán el equilibrio perfecto en el quinteto de *The Master and Margarita*, otros en su compenetración con el trombonista Nils Wogram... cada

uno puede elegir a conciencia entre las mil caras de un músico que intenta reinventarse en cada latido. ●

